

**PROBLEMAS PARA LA  
PRESERVACION Y TRANSMISION  
DEL PATRIMONIO ORAL**

Pedro Jesús Pérez Soler

Antropólogo

Cuando hablamos de patrimonio oral, es inevitable evocar la imagen del abuelo sentado en la cadiera, próximo al hogar, rodeado por sus nietos y desgranando historias, unas fabulosas y otras reales, que de cuando en cuando provocaban diversidad de reacciones, ya de asombro, ya de temor en la chiquillería, absorta en el relato, con los ojos muy abiertos y con toda su atención puesta en las cadenciosas palabras del “yayo”.

Mientras tanto, las mujeres recogían los platos y vasos de la cena tratando de no perderse el hilo del relato y seguramente, los hombres ya dormían, recuperando fuerzas para el temprano despertar del siguiente día.

De este modo, complementando las enseñanzas de la escuela rural, la juventud llegaba a adquirir conocimientos sobre la mitología comarcal, las leyendas, las tradiciones; conocía a los héroes locales y sus gestas, sabía de qué animales recelar y a cuáles confiarse, aprendía a descifrar los cambiantes caprichos de la naturaleza, los devastadores efectos de las tormentas, la llegada de las lluvias, los peligros de las cerradas nieblas, los signos mediante los cuales interpretar la climatología y muy especialmente, la predicción de dichos cambios y en qué forma debía comportarse ante ellos para protegerse él mismo, los ganados y los edificios.

La supervivencia en el monte, la orientación y el uso de las plantas, solían ser también temas frecuentes a lo largo de estas dilatadas charlas; a veces se jugaba con las semejanzas para fijar mejor en la memoria las enseñanzas del relato (determinadas flores rojas para depurar la sangre, formas de montañas que determinan su nombre, como el diente del diablo, la muela o la moleta, la brecha de Roldán o accidentes geográficos como aguas tuertas, la balsa de la mora, etc.); otras veces eran los refranes con sus frases breves y mejor o peor rimadas, los que transmitían fragmentos de esa sabiduría popular, sedimentada a fuerza de años y años de observación y experiencia, “si en Diciembre ves nevar, a preparar el pajar” o “el que no acude a la gotera, acude a la casa entera”.

Experiencia, que no experimentación; este pequeño matiz diferencia el saber popular del saber científico; basado uno en la observación pura, en hallazgos casuales o en las pequeñas intervenciones no sistematizadas y el otro en la aplicación escrupulosa de una metodología contrastada tanto a las observaciones como a las acciones.

Confiada la transmisión oral a los abuelos, y en cierto modo, en forma subsidiaria a las madres, los numerosos cambios sociales que les han arrebatado sus cuotas de protagonismo tanto en la familia como en la sociedad, han cercenado también esa tradición.

El abuelo, vertebrador de la casa y máxima autoridad reconocida en la misma, de responsable de todas las decisiones importantes que debían tomarse, de consejero, confesor, juez y pacificador, ha pasado a convertirse poco menos que en un estorbo.

Se comenta hasta la saciedad que la reducción de las dimensiones de la antigua casa hasta transformarse en el actual piso o apartamento, ha restringido el espacio vital y ha condicionado las dimensiones de la familia, ya no hay espacio para los numerosos hijos que correteaban por los corrales y graneros; escasamente dos plazas, además del matrimonio, tienen lugar en los exiguos metros cuadrados que constituyen el nicho vital

en un enorme bloque de hormigón. También se ha reducido el índice proxémico, las distancias entre los individuos, viendo éstos invadida su intimidad hasta límites en que llega a desaparecer la “burbuja individual” en la que cada uno se mueve; algunos autores han creído ver en este hecho uno de los motivos de la crisis de autoridad paterna que han detectado en las actuales familias.

En este entorno, y ante una sociedad capitalista de corte neoliberal como la nuestra, un individuo que no produce, se convierte en una carga, y si además genera necesidades que han de ser cubiertas, y por tanto gastos, en un estorbo.

De nada sirve la experiencia que pueda aportar, por otra parte considerada como rancia y obsoleta, sobre todo comparada con la que podemos obtener a través de la prensa, la radio, la televisión o los libros. Ya no necesitamos quien nos diga qué tiempo va a hacer, en cada programa informativo se nos relata cumplidamente no sólo el clima de nuestra región, sino el de todo el país e incluso el de toda Europa; la mejor época para sembrar o para recolectar la marcan las Cámaras Agrarias o las asociaciones de labradores en función no del clima ni del estado de la planta, sino según el estado del mercado, de la evolución de los precios o incluso de la disponibilidad de mano de obra.

Hemos hablado de la televisión, precisamente a ella se le ha venido culpando repetidamente, en unos casos con razón y en otras sin ella, de haber acabado no ya con las tertulias de cadiera, sino hasta con las conversaciones de sobremesa, pendiente la atención de cada cual de las películas, series o noticiarios.

La mayor ventaja de la televisión es que puede ser apagada en cualquier momento, dejando de este modo de constituir un problema; otra cuestión es que se pueda desconectar con tanta facilidad sin generar conflictos familiares.

Por otra parte, no hemos de desdeñar la faceta formativa e informativa de la televisión; gracias a ella, las noticias nos llegan en el mismo momento en que se están produciendo, podemos presenciar en directo una guerra, una inundación, un concierto o una clase en un programa de formación a distancia; sólo a nosotros nos compete la elección de qué ver, cuándo verlo, cómo verlo... o simplemente, apagar.

Para mí, tiene más componentes positivos que negativos; difícilmente podríamos conocer culturas lejanas, oficios ya perdidos, pueblos, paisajes o gentes alejadas, si no fuese a través de la pequeña pantalla.

Hemos de asumir un riesgo, la manipulación del texto y las imágenes por parte del autor del reportaje; no existe un código deontológico escrito y de obligado cumplimiento que implique a todos los productores y realizadores de reportajes, todo queda a merced de las leyes de cada país y de la ética de cada cual, quedando a criterio del espectador la valoración de cada uno de los espacios.

Se dice también que paulatinamente, a fuerza de que diariamente se nos presente el “más difícil todavía”, hemos llegado a perder gran parte de nuestra capacidad de asombro, que resulta difícil captar la atención del espectador, que resulta sencillo caer en la rutina y las diferentes cadenas, a fin de no perder cuota de audiencia, sacrifican en ocasiones la calidad de la programación en aras de ganar espectadores, ya que los espacios más vistos atraen a los anunciantes, que son los que en último término sufragan los gastos que origina la emisión del programa. Repito, la última palabra la tiene siempre el espectador que es libre de cambiar de canal, seleccionar sus preferencias u olvidarse de la televisión.

Los avances científicos y la innovación van dejando arrinconado aquel acervo de conocimientos; el mayor nivel cultural adquirido por la juventud actual, le impulsa a

mirar desdeñosamente a quienes basan su saber en la experiencia cotidiana, en vez de en la experimentación científica.

Los viejos cuentos, las fábulas, van perdiendo interés para quienes pueden vivir una excitante aventura en tres dimensiones mediante su videoconsola, en vez de tener que hacer el esfuerzo de imaginarse una serie de situaciones rudimentarias, frecuentemente poco creíbles, en las que participan personajes que nada tienen que ver con los superhéroes cibernéticos.

El uso de los animales para la tracción o para los trabajos del campo, ha caído en desuso frente a la potencia y fiabilidad del tractor o la cosechadora, pero esa sustitución, ha llevado aparejada también su desaparición de la memoria.

Recluidos los animales de cría en granjas, cuyas condiciones físicas se encuentran controladas por ordenador a fin de garantizar una serie de horas de luz, una temperatura y una humedad adecuadas, se da el caso de que los niños de nuestras ciudades no han visto jamás ninguno de ellos en libertad; conocen mejor al tigre de Bengala o al dragón de Komodo que al humilde mulo, a la gallina o a los pavos que poblaban los corrales de las casas de labranza; por tanto, poco les dicen las fábulas en las que unos animales, para ellos desconocidos, hablan, compiten, se ayudan o se perjudican para mejor ilustración de los humanos.

Hasta tal punto ha llegado este olvido que algunos parques zoológicos, tratando de paliar esta carencia, han creado espacios dedicados a los animales de granja, en los que los pequeños visitantes pueden comprobar que los pollos tienen plumas y no son como los que están acostumbrados a ver colgados en las tiendas.

El trabajo de la mujer fuera del hogar, ha sido otro condicionante de la pérdida de la tradición oral; pasar menos tiempo en el domicilio, le ha obligado a delegar la custodia de los hijos en la guardería, disminuyendo las horas compartidas y por tanto el tiempo y la calidad de la conversación.

Del complemento a la información del abuelo, han pasado a ser continuación de la guardería; cansadas de la jornada laboral, la meta es lograr que el niño haga los deberes, que cene pronto y que se acueste cuanto antes, porque al día siguiente hay que madrugar; no queda tiempo para hablar de nada que no tenga relación con los libros, con las notas o con el poco cuidado que ponen en la conservación de la ropa.

Los hombres han pasado de comentar en las más o menos copiosas meriendas, la suerte en los lances de caza, las mejores o peores condiciones para las labores del campo o las hazañas llevadas a cabo por alguno de ellos en sus desplazamientos por otros pueblos o por la ciudad, historias que los niños escuchaban embelesados, a comentar las incidencias futbolísticas, totalmente ajenas al grupo y por otra parte, archiconocidas por haber sido reiteradamente publicadas por la prensa y la televisión.

El padre no tiene ahora nada que enseñar, ha dejado de ser para su hijo esa especie de héroe mitológico que se enfrentaba con sus caballerías a la dureza del campo, a los rigores del tiempo y que con sus fuerzas, arrancaba a la tierra las menguadas cosechas; no domina técnicas de supervivencia en la naturaleza como los antiguos pastores, ni los secretos del cultivo y el cuidado de la tierra, ni los trucos para capturar a los animales que iban a constituir el diario sustento, el trabajo en la oficina o el taller han perdido ese halo mágico-heroico, ese matiz de aventura que significaba el salir de casa, presto a la lucha diaria. La crisis generacional se deja sentir con especial virulencia y el hijo, generalmente mejor preparado intelectualmente que su padre y

receloso ante las enseñanzas paternas y a lo que percibe como autoritarismo, confía más en su grupo de referencia que en su grupo familiar.

Mirar al pasado no se estila; en determinados ambientes parece palpase una cierta inquietud al hacer aflorar recuerdos más o menos recientes. Muchos individuos parecen renegar de estos tiempos que, aunque lejanos, siguen pegados a su piel porque son su pasado y al fin y al cabo han sido sus directos protagonistas.

No es infrecuente que muchos padres no deseen compartir estos recuerdos con sus hijos, e incluso, cuando surgen preguntas sobre ellos, no responden más que con evasivas. Parece un demérito haber residido en el campo y haberse ganado la vida con el cultivo de la tierra.

Con el paso del campo a la ciudad, se pierden irremisiblemente todas las tradiciones, las leyendas, los mitos y ritos antiguos, e incluso en ocasiones se prohíbe a los niños que los mencionen en el colegio; es como si se quisiera borrar el pasado.

No sufre mejor suerte entre los que se han quedado en la casa familiar; las nuevas generaciones no quieren saber nada de las anteriores, los objetos utilizados por las generaciones precedentes, son considerados como “trastos viejos” de los que hay que deshacerse cuanto antes; ropas y cerámicas que han pasado de generación en generación, acaban irremisiblemente en manos de cualquier marchante sin escrúpulos que por cantidades irrisorias, no solo se lleva gran parte del patrimonio de la casa, sino que además, se comporta como quien hace un favor. (He exagerado la situación conscientemente para destacar algunos de los abusos que con frecuencia se han cometido. Afortunadamente no siempre ha sido así y me consta que honrados comerciantes han tratado de convencer a las familias para que no se desprendiesen de tales bienes, y en caso de no lograrlo, han pagado el precio justo por la mercancía).

El patrimonio material ha experimentado mejor suerte que el oral; diferentes museos etnográficos, ya sea generalistas o temáticos, jalonan nuestra geografía. No resulta difícil hoy día informarse sobre la trashumancia, los oficios tradicionales, la vestimenta, los molinos, la viticultura, los juegos populares, la cerámica, la minería, etc.

En el plano inmaterial, solamente la religiosidad popular está contemplada en el museo de Abizanda y existe un centro de interpretación de las leyendas populares en Adahuesca, a las puertas del Parque Natural de la Sierra de Guara.

El contenido de estos museos me trae a la mente el papel desarrollado en la casa por la abuela, callada, como sin hacer ruido, cómplice de sus nietos y tapadera de las pequeñas travesuras. A ella estaba encomendada la faceta religiosa de la familia, era el vivero de oraciones y jaculatorias para todos los trances; conocedora del santoral y del carácter intercesor de determinados santos, encomendaba tanto el éxito de las cosechas como las pequeñas indisposiciones de los miembros de la familia.

Hereditaria de los viejos conocimientos naturistas, recolectaba y administraba las infusiones de diferentes hierbas, preparaba emplastos y cataplasmas y protegía la casa mediante la colocación de manojos de diversas plantas en lugares estratégicos, o con la aspersión de agua bendita, cuidadosamente recogida tras la bendición de las aguas en Pascua, y cuyo almacenamiento y conservación tenía encomendado. Cuando las reservas escaseaban por el excesivo uso que hubiese sido necesario realizar a lo largo del año, como medida de emergencia, siempre se podía llevar un frasquito oculto en el bolsillo del delantal y rellenarlo en la pila del agua bendita, aprovechando la soledad de la iglesia entre una y otra celebración litúrgica.

Con más tiempo disponible que el ama de la casa, diferentes tipos de labores ocupaban sus ratos libres, especialmente las más complicadas como hacer encajes, el

punto o simplemente los remiendos para prolongar la vida de las ropas “de diario” o “de vestir”.

El paso del tiempo ha sido demoledor para la transmisión de estas tradiciones; recuerdo una frase pronunciada por Angel Sancho, presidente del Instituto Aragonés de Antropología a lo largo de una entrevista realizada recientemente para un periódico zaragozano, y que dice más o menos así: “Cada vez que fallece un anciano en uno de nuestros pueblos, es como si se quemase una biblioteca”. Pero además, añadiría yo, de una biblioteca de ejemplares únicos, insustituibles, de los cuales no existe ninguna copia ni posibilidad de conseguirla.

Todo ese caudal de conocimientos que se llevan a la tumba, ha de quedar perdido para siempre. Seguramente en vida, nunca se les ocurrió pensar que pudiese tener importancia y nunca se preocuparon de escribirlo. No es extraño encontrar relatos, a veces en viejos cuadernos, de episodios que han marcado un hito en su existencia, como una guerra, un cambio obligado de residencia, o a veces sucesos puntuales como un viaje, la boda de un hijo o una compra o venta de una parte de sus tierras o de sus bienes; el resto, fruto de la rutina diaria, no es digno de figurar en ninguna parte y por tanto queda en un resquicio de la memoria, utilizable si fuese preciso, pero no transmitido ni transmisible.

Cuando en ocasiones nos aproximamos a nuestros comunicantes, cuesta verdaderos esfuerzos que lleguen a comentarnos fragmentos de su vida cotidiana, “si no tiene importancia”, nos suelen decir, “mire, aquí nunca pasaba nada”, argumentan tratando de estrujar su memoria para atraer recuerdos que para ellos mismos, puedan considerarse como interesantes.

A veces no resulta difícil que nos cuenten leyendas de las que acostumbraban a oír de sus mayores y quizá sea el mejor comienzo para la recuperación de la tradición oral; una vez iniciado el relato, con habilidad se puede trenzar una compleja trama en la que se mezclen sucesos míticos con vivencias del día a día.

La grabadora es un elemento fundamental, pero sin embargo, su uso puede provocar recelos en algunas personas; de uno u otro modo, el cuaderno de campo no deja de ser el instrumento fundamental del antropólogo. Si puede complementarlo con el registro sonoro, con fotografías o con filmaciones en vídeo, mucho mejor, pero nada puede sustituir a la recogida in situ de la información, a la primera interpretación, o a las impresiones anotadas al margen.

No ha sido posible lograr grandes archivos fonográficos en los que se encontrasen recogidos cientos o miles de testimonios, pero afortunadamente, en ocasiones, encontramos algunas bien elaboradas monografías en las que, a través de sus líneas, pervive el espíritu del informante. Algunas de ellas, a duras penas han podido llegar a su fin, otras han quedado truncadas por el fallecimiento del protagonista.

Otras son fruto de la información recogida a lo largo de un tiempo, elaborada, cribada y posteriormente escrita, sería el ejemplo de las “Cartas desde mi celda” de Bécquer, que se impregnó como una esponja de las tradiciones y vivencias de los pueblos del somontano del Moncayo, volcándolas después en una serie de cartas que fueron publicadas después por la prensa madrileña.

En alguna ocasión, el propio protagonista de un hecho se atreve a escribirlo en un libro, pero suele ser más frecuente la recopilación, el resumen de una serie de entrevistas, plasmadas con pequeñas aportaciones y/o aclaraciones en un libro, como en los trabajos de nuestro querido amigo Rafael Andolz, que acometió diferentes facetas de la vida de nuestros antepasados, desde el nacimiento a la muerte, desde las medicinas

populares al humor, para las que se valió de un extenso archivo en el que recogió sistemáticamente sus investigaciones.

Gracias a este ingente trabajo y a su afán por recopilar cuantas informaciones le resultase posible, su reciente fallecimiento no representó una pérdida absoluta del caudal de conocimiento acumulado; a su ya dilatada obra, sumó sus numerosas observaciones recogidas pacientemente a lo largo de años y años de entrevistas, de conversaciones de sobremesa o simplemente de frases, dichos o refranes captados al azar y posteriormente investigados.

Retrocediendo en el tiempo, Luis López Allué y Ricardo del Arco, nos dejaron bellas pinceladas en sus escritos costumbristas, reflejando fielmente la sociedad de su tiempo; este último, recopiló en sus “Notas de Folklore Altoaragonés” uno de los más completos tratados sobre nuestros cantos, nuestros dances y nuestros instrumentos populares, que para la mayoría, tanto de aragoneses como de otras comunidades, quedaba prácticamente restringido a la rondalla y la jota. Sé que omito a muchos, pero sería prolijo tratar de incluirlos en estas líneas; me he referido a éstos a modo de ejemplo y por hallarse entre los más conocidos, aunque siento el mismo respeto por uno de los grandes autores que por el pastor que recoge en su libreta sus observaciones sobre el entorno.

En ocasiones la ausencia de rigor metodológico puede dejar en entredicho un voluminoso trabajo; un planteamiento excesivamente academicista puede llegar a desanimar a un estudioso que, carente de la formación básica que le permita aplicar la ortodoxia científico-técnica del trabajo etnográfico, acabe tirando la toalla ante el filón que puede representar el descubrimiento casual de escritos, objetos, fotografías o testimonios en los lugares más insospechados. Desconocedor de los pasos a seguir para hacer llegar esos datos al mundo científico, puede optar por explotar él mismo su hallazgo, con el subsiguiente riesgo de perder parte de la información por una deficiente manipulación, o lo que es peor, ignorarlo, “echar tierra encima”, táctica empleada también por instituciones públicas o privadas, y obviar así un posible problema antes de que se convierta en incómodo.

Si de vez en cuando leemos en los diarios noticias de este tipo respecto al patrimonio material, ¿qué no ocurrirá respecto al inmaterial, mucho más fácil de ocultar y mucho menos conocido?.

¿Quién a lo largo de una investigación no ha sentido que de repente se había evaporado la memoria de un pueblo?.

Tras graves sucesos de singular relevancia, como puede ser una guerra, una catástrofe, etc., grupos enteros “olvidan” todo cuanto ha acontecido, especialmente si ese recuerdo les perjudica o simplemente les hace aparecer más vulnerables; suele ser el recurso de los perdedores.

También los malos recuerdos tienden a ser despeñados al foso del olvido, hablábamos anteriormente de cuántas personas se niegan a remover pasadas vivencias, cuántos reniegan de su vida anterior y se aferran a la presente tratando de reescribir su historia, prescindiendo de este modo de la realidad y basándose exclusivamente en la fantasía.

Y no solo son las personas las que tratan de reescribir su historia, en ocasiones son los pueblos, las naciones o las diferentes comunidades autónomas las que crean mitos fundacionales, hurgan en los resquicios de la Historia para buscar, existan o no, aspectos que les separen de “los otros”, resucitando discursos encuadrados en el más

duro racismo y considerándose la especie privilegiada, la única con derechos, la que está legitimada para explotar a las demás.

Para contradecir a unos y a otros, el pasado, lo quieran o no, está ahí. No podemos cambiarlo, podremos inventarlo, pero ya no será el pasado, al menos, nuestro pasado.

Podremos crear una nueva historia, pero no será la Historia con mayúsculas y todo se puede desmontar con los hallazgos que puedan realizar los científicos sobre los auténticos antecedentes; se podrá destruir un archivo, se podrá educar a toda una generación con determinadas convicciones, pero oculto en algún lugar, siempre hay algún indicio que tarde o temprano aflorará poniendo las cosas en su sitio.

Hemos de acometer un estudio de este tipo libres de prejuicios, aplicando los principios básicos del relativismo cultural, es decir, todas las culturas son igualmente válidas, todas tienen sus valores; ninguna es superior o inferior a otra y de todas ellas puede aprenderse, por lo tanto, todas merecen el mismo respeto.

Para seguir el hilo de una cultura determinada, todos los testimonios van a ser importantes, desde el responsable político de la comunidad hasta la anciana que hace punto a la entrada de su casa; es más, seguramente la anciana estará menos influenciada por los prejuicios y nos responderá con mayor franqueza.

Tenemos que abandonar nuestra prepotencia cultural y aproximarnos al informante con la inocencia de un niño; preguntar y asombrarnos ante cada respuesta en vez de interrumpir continuamente a nuestro interlocutor con aclaraciones sin sentido o con correcciones que no vienen a cuento. El testimonio ha de ser natural como la vida misma, directo; si no lo podemos grabar, procuraremos recogerlo con las palabras originales tal como fueron pronunciadas, aunque luego al margen hagamos nuestra propia interpretación.

¡Que importancia tienen los diferentes giros lingüísticos adoptados en nuestros pueblos!, podrían escribirse páginas y páginas sobre la etimología, la semántica, la semiología y la semiótica. ¡Cuántas sorpresas nos llevamos al comprobar cómo determinados términos se han extendido por extensas regiones!, ¡que poco conscientes son los habitantes de algunas localidades de que están hablando un idioma diferente del castellano!.

Queda mucho por hacer, casi todo, pero el tiempo apremia. No permitamos que se sigan “quemando bibliotecas”, recojamos toda esa información antes de que se pierda, lancémosnos bolígrafo en mano a recoger las últimas migajas de un pasado que ya solo vive en las mentes de unas pocas personas y rescatemos para las generaciones venideras algo que ya forma parte de lo que será su historia.